

PRIMERA PARTE

I

Estaba Giuseppe, delante del portón, entreteniendo a su niño, mientras lo acunaba en los brazos y le enseñaba el escudo de mármol fijado en lo alto del arco, el armero clavado en la pared del vestíbulo, donde, en tiempos antiguos, los lansquenets del príncipe colgaban las alabardas, cuando se oyó el ruido creciente de un coche que se acercaba a todo correr; y, antes de que tuviera tiempo de volverse, un carruaje sobre el que se hubiera dicho que había nevado, tanto era el polvo que traía, y cuyo caballo chorreaba sudor, hizo su entrada en el patio con ensordecedor estruendo. Por el arco del segundo patio se asomaron criados y sirvientes: Baldassarre, el mayordomo, cerró la vidriera de la galería del segundo piso, cuando ya Salvatore Cerra se apeaba a toda prisa del simón con una carta en la mano.

—¿Don Salvatore?... ¿Qué sucede?... ¿Qué novedades hay?...

Pero éste hizo un gesto desesperado con el brazo y subió los escalones de cuatro en cuatro.

Giuseppe, con el niño aún al cuello, permanecía como atontado, sin comprender nada; pero su mujer, la de Baldassarre, la lavandera y un buen número de otros miembros de la servidumbre rodeaban ya el coche de punto y se persignaban al oírle contar al cochero ininterrumpidamente:

—La princesa..., ha muerto de golpe... Esta mañana..., mientras yo me encontraba lavando el coche...

—¡Jesús mío!... ¡Jesús mío!...

—Y orden de enganchar..., el señor Marco que corría de acá para allá..., el vicario, los vecinos..., apenas tiempo de ponernos en camino...

—¡Jesús mío!... ¡Jesús mío!... Pero ¿cómo?... ¿No estaba mejor?... ¿Y el señor Marco?... ¿Sin mandar aviso?

—¿Qué sé yo?... No he visto nada. Me han llamado... Ayer noche dice que se encontraba bien...

—¡Y sin ninguno de sus hijos!... ¡En manos de extraños!... Enferma estaba, pero, ¿así tan de repente?

Pero desde lo alto de la escalinata un vozarrón interrumpió de pronto los chismorreos.

—¡Pasquale!... ¡Pasquale!...

—¿Eh, Baldassarre?

—¡Un caballo fresco, a escape!...

—Voy corriendo...

Mientras cocheros y sirvientes se afanaban en desenganchar el caballo sudoroso y jadeante para enganchar otro, toda la servidumbre, que se había reunido en el patio, comentaba la noticia y la transmitía a los copistas de la administración, que se asomaban a las ventanas del primer piso, o incluso bajaban ellos también.

—¡Qué desgracia!... ¡Me parece estar soñando!... ¿Quién se hubiera esperado una cosa así?...

Y de modo especial las mujeres se lamentaban:

—¡Y sin ninguno de sus hijos!... ¡Ni tiempo de llamar a los hijos!

—¿El portón? ¿Por qué no cerráis el portón?—ordenó Salemi, con la pluma todavía en la oreja.

Pero el portero, que había confiado finalmente el niño a su mujer y comenzaba a comprender algo de todo aquello, miraba en torno a sus compañeros:

—¿He de cerrar?... ¿Y don Baldassarre?

—¡Chist!... ¡Chist!...

—¿Qué sucede?

Las conversaciones se acallaron una segunda vez, y todos se pusieron derechos como palos quitándose la gorra y bajando las pipas, pues el príncipe en persona, entre Baldassarre y Salvatore, bajaba la escalera. ¡Ni siquiera se había

cambiado de traje! ¡Se iba con la misma ropa de andar por casa para llegar cuanto antes a la cabecera de su difunta madre! Tenía la cara blanca como el papel y lanzaba impacientes miradas a los cocheros que no estaban listos aún, mientras por lo bajo impartía órdenes a Baldassarre, el cual inclinaba su calva y reluciente cabeza a cada una de las palabras de su señor: «¡Sí, excelencia! ¡Sí, excelencia!». Y estaba el cochero atando todavía las cinchas cuando el amo saltó dentro del coche, con Salvatore en el pescante. Agarrado a la portezuela, Baldassarre no dejaba un solo instante de atender sus órdenes mientras seguía al carruaje hasta más allá del portal, para pescar al vuelo los últimos ruegos:

—¡Sí, excelencia! ¡Sí, excelencia!...

—¡Baldassarre!... ¡Don Baldassarre!...

Ahora todos asediaban al mayordomo, pues, tras dejar el coche, que partía a la carrera, regresaba de nuevo al patio:

—¿Qué ha pasado, Baldassarre?... ¿Y ahora qué hay que hacer?... ¿Cerrar, don Baldassarre?...

Pero él adoptaba el aire grave de las circunstancias solemnes, y apretaba el paso hacia la escalera, quitándose de encima a los importunos con un gesto del brazo y un ¡ya voy! de impaciencia.

El portón permanecía abierto de par en par; sin embargo, algunos que por allí pasaban, visto el extraordinario trajín reinante en el patio, se informaban con el portero sobre lo sucedido; el ebanista, el tahonero, el bodeguero y el relojero, que tenían arrendadas las tiendas del lado este, se acercaron a su vez a echar un vistazo, a oír la noticia de la gran desgracia y a comentar la repentina salida del príncipe:

—¡Y luego decían que el amo no quería a su madre!... ¡Si parecía Cristo descendido de la cruz, pobre hijo!...

Las mujeres pensaban en la señorita Lucrezia, en la princesa nuera: ¿sabían ellas algo, o les habían ocultado la noticia?... Y Baldassarre, ¿dónde diantres tenía la cabeza Baldassarre, que no mandaba cerrar todo?... Don Gaspare, el

cochero mayor, pálido el rostro por la ira, se encogía de hombros:

—Aquí anda todo manga por hombro.

Pero Pasqualino Riso, el segundo cochero, le espetó a la cara sin pelos en la lengua:

—¡No, no se moleste en quedarse un rato más!

Y el otro, devolviéndosela:

—¡Tú sí que no, rufián de tu amo!

Y Pasqualino, toma y daca:

—¡Usted del condesito!...

La cosa se había encrespado de tal modo que Salemi, que subía de nuevo a la administración, les increpó:

—¿Qué es esta vergüenza?

Pero don Gaspare, a quien la certeza de perder su puesto lo ponía fuera de sí, continuaba:

—¿Vergüenza de qué?... ¿De una casa donde madre e hijo se llevan como perro y gato?...

Finalmente se sumaron muchas voces:

—¡Ahora, silencio!

Pero los que se habían puesto demasiado abiertamente de parte de la princesa tenían el corazón en un puño, seguros como estaban de verse despedidos por el hijo. En medio de tal confusión, Giuseppe no sabía a qué atenerse: cerrar el portón por la muerte del ama era algo que, verdaderamente, entraba dentro de sus atribuciones, pero, ¿por qué no daba la orden don Baldassarre? Sin una orden suya no podía hacerse nada. Por lo demás, tampoco los postigos de la planta noble estaban cerrados; y como el tiempo pasaba sin que llegase la orden, no faltaba en el patio quien comenzaba a alimentar tanto esperanzas como temores: ¿y si el ama no estuviera muerta? «¿Quién ha dicho que está muerta?... ¡El cochero!... ¡Pero él no la ha visto!... ¡Puede que haya entendido mal!...». Otros argumentos venían a corroborar tal suposición: de haber muerto ella, el príncipe no habría salido tan precipitadamente, ya que nada hubiera podido hacer

allí. Y la duda comenzaba a trocarse para algunos en certeza: debía de existir algún malentendido, la princesa debía de estar sólo agonizando, cuando, finalmente, desde lo alto de la galería, se asomó Baldassarre gritando:

—¡Giuseppe, el portón! ¿No has cerrado todavía el portón? Cerrad las ventanas de la cuadra y de las caballerizas... Decid que cierren las tiendas. ¡Cerradlo todo!

—¡Así que no corría prisa!—murmuró don Gaspare.

Y cuando, empujado por Giuseppe, el portón giró finalmente sobre sus goznes, los paseantes empezaron a formar corro: «¿Quién se ha muerto?... ¿La princesa?... ¿Y dónde, en el Belvedere?...». Giuseppe se limitó a encogerse de hombros, perdida por completo la cabeza; mientras, entre la gente tenía lugar un intercambio de preguntas y respuestas: «¿Dónde estaba, en el campo?... Enferma desde hacía casi un año... ¿Sola?... ¡Sin ninguno de sus hijos!...». Los mejor informados explicaban: «No quería a nadie a su lado, excepto al administrador... No podía soportarlos...». Un viejo, con un cabeceo, dijo: «¡Vaya raza de locos estos Francalanza!».

Mientras tanto los criados atrancaban las ventanas de las caballerizas y de las cocheras; el tahonero, el bodeguero, el ebanista y el relojero entornaban también sus puertas. Otro grupo de curiosos congregado ante la puerta de servicio, que permanecía aún abierta, miraban al interior del patio donde había un confuso ir y venir de criados; mientras tanto, desde lo alto de la galería, Baldassarre, como un capitán de navío, impartía orden tras orden:

—Pasqualino, ve a casa de la señora marquesa y a los Benedictinos..., pero da la noticia al señor marqués y al padre don Blasco, ¿entendido?... ¡No al prior!... Y tú, Filippo, pasa por casa de doña Ferdinanda... ¿Doña Vicenza? ¿Dónde está doña Vincenza?... Coja el mantón y pase por la abadía... Hable con la madre abadesa para que vaya pre-disponiendo a la monja a recibir la noticia... ¡Un momento! Suba primero a casa de la princesa que ha de hablarle!... ¡Sa-

lemi!... Giuseppe, hay órdenes de dejar pasar sólo a los parientes más cercanos... ¿Ha venido Salemi?... Deje todo lo que esté haciendo; el príncipe y el señor Marco lo esperan allí, hace falta ayuda. Natale, tú irás a casa de doña Graziella y de la duquesa. Agostino, estos despachos al telégrafo..., y pásate por casa del sastre...

A medida que recibían los encargos los criados salían, abriéndose paso por entre el gentío; desfilaban con el aire apresurado de los ayudantes de campo entre curiosos que anunciaban: «Van a dar aviso a los parientes..., a los hijos, cuñados, sobrinos y primos de la difunta...». La nobleza entera se pondría de luto, y, a aquella hora, todos los portones de los palacios señoriales se cerraban o se dejaban entornados, según fuera el grado de parentesco. Y el ebanista los iba enumerando:

—Siete son los hijos, podemos contarlos: el príncipe Giacomo y la señorita Lucrezia, que está en casa con él: dos; el prior de San Nicolás y la monja de San Plácido: cuatro; doña Chiara, casada con el marqués de Villardita: y van cinco; el caballero Ferdinando, que está en Pietra dell'Ovo: seis; y, por último, el condesito Raimondo, casado con la hija del barón Palmi... Luego vienen los cuñados, los cuatro cuñados: el duque de Oragua, hermano del príncipe fallecido; el padre don Blasco, monje también benedictino; el caballero don Eugenio y doña Ferdinanda la solterona...

Cada vez que se habría el portillo para dar paso a algún criado, los curiosos trataban de mirar al interior del patio; Giuseppe, perdida la paciencia, exclamaba:

—¡Largo de aquí! ¿Qué diablos queréis? ¿Esperáis acaso el resultado de la lotería?

Pero el gentío no se movía, miraba arriba a las ventanas ya cerradas como en espera de ver aparecer la hoja impresa con los números.

Y la noticia corría de boca en boca como un acontecimiento público: «Ha muerto doña Teresa Uzeda...—el pue-

blo llano pronunciaba Auzeda—, la princesa de Francalanza... Ha muerto esta mañana al alba... Estaba su hijo el príncipe... No, hace una hora que ha salido». El ebanista, mientras tanto, en medio de un grupo de gente atenta como si se tratara de la mismísima historia de los reyes de Francia, proseguía enumerando al resto de los parientes: el duque don Mario Radalì, el loco, que tenía dos hijos varones, Michele y Giovanni, de doña Caterina Bonello, y que pertenecía a la rama colateral de los Radalì-Uzeda; la señora doña Graziella, mujer del caballero Carvano, prima carnal, por tanto, de la princesa muerta; el barón Grazzeri, tío de la princesa nuera, con toda su parentela; y luego los parientes más lejanos, los afines, casi la nobleza entera del lugar: los Constante, los Raimonti, los Cùrcuma, los Cugnò... De pronto se interrumpió para decir:

—¡Vaya por Dios! ¡Mirad por dónde, los friegaplatos¹ son los primeros en llegar!

Don Mariano Grispo y don Giacomo Costantino llegaban, como cada día, a la hora del almuerzo, para hacerle la corte al príncipe, y no estaban enterados de nada: al ver al gentío y el portón cerrado, se detuvieron de golpe:

—¿Qué es esto, Dios mío?...

Acto seguido apresuraron el paso y entraron, preguntando consternados al portero, que era el que daba las primeras noticias: «¡No, no me lo puedo creer!... ¡Qué desgracia imprevista!...». Luego subieron por la escalinata con Baldassarre, que, en aquel preciso momento, subía también del patio e iba murmurando por el camino:

—¡Pobre princesa!... ¡No pudo superarlo!... El señor príncipe ha partido al instante...

¹ *Lavapiati* en el original. Se trata de una palabra despectiva usada para designar a los nobiluchos o personas de más modesta condición que eran recibidos como clientes en casa de los Virreyes.

Mientras atravesaba la sucesión de antecámaras de puertas doradas, pero poco menos que desnudas de muebles, don Giacinto exclamaba en voz baja, como en la iglesia:

—¡Es una gran desgracia!... Y para esta familia la mayor que pueda imaginarse...

Y bajito también, corroboraba don Mariano meneando la cabeza:

—¡Era la cabeza que guiaba a todos, y la que evitó que se fuera todo a pique!...

Una vez introducidos en el Salón Amarillo, se detuvieron a los pocos pasos, sin distinguir nada debido a la oscuridad; pero la voz de la princesa Margherita los sirvió de guía:

—¡Don Mariano!... ¡Don Giacomo!...

—¡Princesa!... ¡Señora mía!... ¿Cómo ha sido?... ¿Y Lucrezia?... ¿Consalvo?... ¿Y la niña?...

El principito, sentado en un taburete, con las piernas colgando, las columpiaba al compás, mientras miraba al vacío con la boca abierta; apartada, en una esquina del sofá, Lucrezia estaba con el ceño fruncido y los ojos secos.

—Pero ¿cómo ha ocurrido, así tan de repente?—insistía don Mariano.

Y la princesa, abriendo los brazos, dijo:

—No sé..., no lo comprendo... Ha llegado Salvatore del Belvedere, con un billete del señor Marco... Allí, lo tiene sobre la mesa, véalo usted mismo... Giacomo ha salido enseñado... —Y en voz baja, vuelta hacia don Mariano, mientras éste leía el billete, añadió—: Lucrezia quería ir también, pero su hermano le ha dicho que no... ¿Qué habría podido hacer ella?

—¡Añadir más confusión!... ¡No le faltaba razón al príncipe!...

—¡Nada!—anunció mientras tanto don Giacinto, una vez que hubo terminado de leer el billete—. ¡No aclara nada!... Y ¿han avisado a los demás?... ¿Les han telegrafiado?...

—Yo no sé... Baldassarre...

—¡Mira que morirse así, tan sola, sin ninguno de sus hijos ni un pariente!—exclamaba don Mariano, sin poder consolarse; pero don Giacinto replicó:

—¡No es culpa de estos pobrecillos!... Que tienen la conciencia bien tranquila.

—Si nos hubiera querido...—dijo en un tímido arranque la princesa, en voz más queda que antes; pero no acabó la frase, casi atemorizada.

Don Mariano dejó escapar un suspiro de dolor y fue a colocarse cerca de la señorita.

—¡Pobre Lucrezia! ¡Qué desgracia!... ¡Tiene razón!... ¡Pero que no falte el ánimo!... ¡Valor!...

Ella, que estaba mirando al suelo mientras balanceaba un pie, alzó la cabeza con aire de asombro, como si no comprendiera. Al oír un estruendo de coches que hacían su entrada en el patio, don Mariano y don Giacinto volvieron a exclamar, a dúo:

—¡Una desgracia irreparable!

Llegaban la marquesa Chiara con su marido y la prima Graziella:

—¡Lucrezia, la mamá! ¡Hermana!... ¡Prima!...

Inmediatamente después entró la tía Ferdinanda, a la que las mujeres besaron la mano, murmurando:

—¡Excelencia!... ¿Ha oído?...

La solterona, muy arisca, sacudía la cabeza; Chiara abrazaba a Lucrezia entre lloros; el marqués saludaba apesadumbrado a los fregaplatos; pero la más conmovida era doña Graziella:

—¡Me parece mentira!... ¡No quería creerlo!... Mira que morir así. ¿Y el pobre Giacomo? ¿Dice que ha salido corriendo para allí? ¡Pobre primo!... ¡Si al menos hubiera llegado para cerrarle los ojos!... ¡Qué pena no poder verla de nuevo!...

Al oír sollozar en su regazo a su hermana Lucrezia, Chiara exclamó:

—¡Alivia tu pena, pobrecita, no te falta razón! ¡Madre no hay más que una!...

Parecía tan afligida por la desgracia de los primos que casi olvidaba que la difunta era hermana de su propia madre. Se puso a disposición de la princesa y, haciendo un aparte, le dijo:

—¿Necesitas algo?... ¿Quieres que te eche una mano?... ¿Cómo está mi ahijada?... ¿Qué ha dejado dicho el primo?...

—No sé... Ha dejado encargado de todo a Baldassarre...

En efecto, Baldassarre iba arriba y abajo, mandando todavía mensajeros y recibiendo a los que volvían de cumplir los encargos. Todos los parientes habían sido ya avisados: sólo el sirviente enviado a los Benedictinos regresó diciendo que el padre don Lodovico llegaría en unos instantes, pero que el padre don Blasco no se encontraba en el convento.

—Ve a casa de la Estanquera... A estas horas estará con ella... Corre, y dile que ha muerto su cuñada...

Don Lodovico llegó con el coche de San Nicolás y, ante la aparición del prior en el Salón Amarillo, se pusieron todos en pie. Chiara y Lucrezia fueron a su encuentro, tomándole una mano cada una, y la marquesa, hincándose de rodillas, prorrumpió:

—¡Lodovico!... ¡Lodovico!... ¡Nuestra pobre madre!

Callaron todos, mirando a aquel grupo; la prima, con los ojos enrojecidos, murmuraba:

—¡Es algo que encoge el alma!

El prior, inclinándose sobre su hermana, la ayudó a incorporarse sin mirarla a la cara. Y en medio del silencio general, sólo roto por breves sollozos reprimidos, al tiempo que alzaba sus secos ojos al cielo, dijo:

—El Señor la ha llamado consigo... Inclínemos nuestras frentes a los designios de la Divina Providencia...—y como Chiara quisiera besarle la mano, él rehusó—: No, no, hermana mía...—y la estrechó contra su pecho, dándole un beso en la frente.